

JUAN MASA.

Breve apunte sobre un Solitario Misterioso

Por Jesús Pulido Ruiz



metálica. Algunos incluso le depositaban en su mano billetes, que el viejo indigente, con mucho asombro, y con más premura, guardaba en el bolsillo interior de su raída chaqueta. Horas después, cuando llegó a su lado otro mendicante, amigo del ciego, al cual le faltaba una pierna, por lo que caminaba apoyándose en muletas, se sorprendió de ver la lata repleta de monedas y le preguntó cuál había sido la causa de tal milagro. El viejo le contó lo que había sucedido desde que aquel misterioso caballero le había retocado el escrito de su cartel. Entonces el mendigo miró hacia el cartel que pendía del cuello de su amigo y leyó: "YA ES PRIMAVERA, Y YO NO PUEDO VER SUS COLORES".

Muchas veces nos preguntamos qué podría hacerse para cambiar la opinión de la gente hacia aquellos seres que sufren una indecible soledad espiritual o material, que sobrellevan estoicamente – o al menos eso nos parece en ocasiones- los reveses de la fortuna; cómo ver con otros ojos lo que nos empeñamos en juzgar a la ligera y cómo retocar, o mejor, cambiarles, esa inscripción que portan –y soportan- resignados a lo largo de su existencia. Transformar, o eliminar, esa condena social, esa apreciación, frecuentemente solapada, que confina al individuo a un territorio donde deja de ser él mismo, apartado de la grey, y le hace encaminar sus pasos por un tortuoso destino. Ayudarles a que puedan sostenerse con fe en su capacidad de regeneración, evitando pre-juzgar y emitir juicios de valor erróneos; intentar, como el publicista de la historia, modificar el cartel de ignominia que se suele poner al cuello de los que son señalados con el dedo de la incomprensión, de los que de continuo son aguijoneados con los dardos de la indiferencia.

Lo más difícil suele ser encontrar una buena estrategia para lograr una respuesta diferente en el otro. Puede que todo consista en construir un camino con baldosas de tolerancia y benevolencia, un camino que haga posible

Hace tiempo oí esta entrañable historia. Junto a la puerta de una iglesia de una gran ciudad se hallaba sentado un viejo invidente, a cuyos pies había una lata abollada y un tanto enmohecida, dentro de la cual no había más que un par de monedas de reclamo. Sobre un cartel que colgaba de su cuello podía leerse: "SOY CIEGO. AYÚDEME, POR FAVOR". La gente que salía de la iglesia o pasaba a su lado por la calle apenas le dirigía una mirada indiferente y se alejaba. Pocos eran los que depositaban una limosna en la lata. Cierta día acertó a pasar por allí un publicista. Éste, viendo la poca fortuna del hombre, decidió ayudarlo. Tras depositar en el recipiente unas monedas, le preguntó si quería que le modificase el letrero que exhibía sobre su pecho. El anciano, pensando que con el paso del tiempo las letras del cartel se habían hecho poco visibles y que el amable caballero se las volvería a repintar, no puso ninguna objeción. El hombre escribió y se fue. Al poco rato, las monedas empezaron a caer sobre la lata como una lluvia

